

# We Rock

Ocho historias rápidas y pesadas

Álvaro Bisama  
Cristhian R. Castillo  
Daniel Hidalgo  
Natalia Berbelagua  
Antonio Díaz Oliva  
Francisco Ortega  
Rodrigo Ramos Bañados  
Patricio Urzúa

**Presentación de**  
Carlos Costas



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

# **Grindcore Sudoku**

Álvaro Bisama

Fue el vocalista de la única banda grindcore que alguna vez tuvo mi pueblo. Tenía cara de viejo y era pálido, con esa especie de palidez que simula un blanco sucio, como orina de enfermo. Sus padres eran dueños de un jardín infantil. Se metía todas las drogas que encontraba. Apenas hablaba de corrido. Pero cuando subía al escenario se convertía en un animal. Se enrollaba el cable del micrófono en el brazo y se ponía a gritar sobre la necrofilia, los perros vagos y el acoso de la policía. La banda no era buena. Todos los miembros se conocían desde el colegio, habían pasado años enteros aplanando calles de tierra sin hacer nada, bebiendo vino en caja, aspirando pegamento y volándose con bencina. Fundar una banda no fue una idea original: uno tenía una guitarra y sabía mover las cuerdas de un bajo que era de su primo. Al bajista lo extirparon de una banda de speed metal compuesta por borrachos peores que ellos. El baterista decía que era nazi y colecciónaba fotos de esas catedrales de luz hechas por Albert Speer. Él tuvo que escribir las letras y ponerse a cantar. Apenas ensayaron se dieron cuenta de que lo suyo eran dos acordes y un muro de ruido precario. Que solo iban a ser más o menos. Que no tenía sentido tener pretensiones. Por lo mismo, no fue difícil meterse en la

escena de la provincia: por aquellos años, todos los fines de semana había conciertos en sedes vecinales, canchas de fútbol y bares que se caían a pedazos. Se hicieron famosos ahí. A veces venían bandas de Santiago y ellos los teloneaban. Consiguieron sus primeras pololas de inmediato. Antes de que cada uno de ellos tuviera veinte años, ya eran considerados estrellas por los tipos que se juntaban en la plaza del centro antes de irse a tomar a la línea del tren. Yo los vi por esa época. Una polola me llevó. En el público me encontré con dos o tres compañeros de curso de la educación básica. Mi polola era amiga de la hermana del bajista. La banda ya llevaba dos o tres años tocando. El público que los seguía tenía fama de violento. En uno de esos improvisados mosh pit con suelo de tierra habían acuchillado a un niño. La banda había grabado un par de casetes en el living de una casa. Esos casetes circulaban de mano en mano. Sonaban como la mierda. Era lo que había. Él siempre subía borracho al escenario. Tenías que aferrarte a eso o volverte loco porque mientras escuchabas la voz que era como un vómito, tapada por la estática, los acoples y el sonido roto de esos tambores que parecían hechos de fierro y percutidos con palos de escoba. Ese sonido se repetía. A veces él no recordaba sus propias letras. Por un tiempo se dejó un mohicano y por otro empezó a usar unos lentes de señora que le había robado a su abuela. Tocaban siempre las mismas canciones. A veces, improvisaban al cierre un cover de “Sex & Violence” de The Exploited. No sé si me gustaban. Iba a verlos y luego me quedaba tomando con la gente que rodeaba a la banda: punks, thrashers que hablaban de Celtic Frost y Jodorowsky,

amigos del barrio. No pasaba mucho en esas noches. Al principio yo iba con mi polola pero luego terminamos y empecé a ir solo. Ya habían cerrado el cine del pueblo y a veces yo viajaba al puerto a ver películas. Duré en eso dos años, hasta que en la universidad me di cuenta de que tenía que ponerme a estudiar realmente. Dejé de ver a toda esa gente. Pasaba más tiempo en Valparaíso o en mi pieza que con mis conocidos de afuera. Supe que el vocalista quedó en la universidad. Supe que se puso a estudiar historia. Supe que dejó el pueblo y se mudó al puerto. Dejé de verlo por años hasta que me lo topé en un minimarket del barrio puerto y me invitó a almorzar a su casa, uno de esos departamentos helados de la población Márquez. Lo compartía con su pareja y otro tipo del pueblo. Recuerdo que cocinó tallarines con crema espesa y atún y me dijo que le gustaba la luz que entraba por la ventana de su pieza. Me mostró un demo. Todavía estaba con la banda, pero ellos no soportaban que él hubiera dejado el pueblo. No se lo decían, pero él lo sentía, me dijo. Yo valoré la confesión. Nunca habíamos cruzado más de dos palabras. Me fui al rato. Tomé una micro y volví a mi casa, recordando el sonido de ese demo: una especie de vómito pero también una marea que podía ahogar al mundo. No recuerdo haber ido a más recitales ese año. Supe que mi antigua polola quedó embarazada de un thrasher y se casó. Se mudó a Santiago. La banda se rompió. El guitarrista había empezado a componer baladas, seguramente influenciado por gente aborrecible como el imbécil que canta en Megadeth. Yo me fui del pueblo y luego volví para quedarme. Supe que nunca iba a poder salir de ahí. El vocalista se

convirtió en profesor. Su mujer lo dejó. En un colegio de La Reina intentó armar un sindicato y lo echaron. En otro decidió no enseñar nada. Compraba esas revistas llenas de sudoku y se pasaba la semana llenándolas mientras los muchachos escuchaban radio, se besaban o simplemente dormían. Lo echaron cuando uno le quebró el brazo a otro con un palo. Él ya era amante de una apoderada. La mujer lo pasaba a buscar a la salida de clases y se lo llevaba a un motel. Para hacerlo más dramático, para hacerlo más estúpido, ella quedó embarazada y abortó. Una vez su mujer los encontró en la cama y la apoderada agarró un cuchillo de cocina e intentó atacarla. No pasó nada. Cuando lo echaron del colegio, la relación estaba deteriorada. Él se comió el finiquito en dos meses. Nadie le dio pega de profesor de nuevo. No pagó más el arriendo. Empezó a invitar a los adolescentes del barrio a su casa y les mostraba sus viejos demos que guardaba en una caja de zapatos. Algunos, que conocían su pasado, lo trataban como un príncipe en el destierro. Él se preguntaba cómo esos casetes habían durado tanto, cómo sus canciones y sus gritos habían atravesado casi una década para llegar hasta ahí. Uno de los muchachos de la cuadra le enseñó a hacer tatuajes. Tenía cierta habilidad en eso y se tatuó a sí mismo en la mano izquierda. La tinta era la de un lápiz Bic evaporada: una calavera mexicana que había visto en la portada de un disco de psychobilly. Duró en eso un par de meses hasta que la policía vino a desalojarlo. Recogió todo lo que pudo, lo metió en una mochila y regresó acá. Dejó la casa abierta para que la gente del barrio se llevara todo lo que pudiera. Volvió donde sus padres. Una muchacha

me contó toda su vida en un asado donde estaban él y los otros miembros de su antigua banda. Ellos habían seguido sin él. La vida del pueblo había seguido sin él. Lucía viejo, derrotado y perplejo. En la radio alguien había puesto un disco de reggae. El grindcore (esa versión deforme y triste que ellos entendían como grindcore) era la música de la adolescencia. El reggae y su intensa calma, la de la adulterz. No había sol. Yo llevaba lentes negros. Ya me había vuelto vampiro. La primavera acá es helada. Desde ese patio miré los cerros que eran nuestro cerco. En ese mismo asado alguien me contó que habían encontrado en uno de ellos la momia de un niño. El niño estaba metido en cuclillas en una vasija. Me quedé pensando en esa imagen por un rato hasta que alguien me preguntó por mi hermano. Nos pusimos a hablar de él. Más tarde escuchamos a una guagua llorar. Cuando se quedó callada, hubo un silencio. Pasó un ángel, dijo una mujer y luego el vocalista avisó que de ahí en adelante solo tatuaría imágenes del diablo.